

ÉTICA CIUDADANA¹

Prof. William Rodríguez Campos*
CIP-UCAB-UCV
wrodrigu@ucab.edu.ve

Abstract

This essay locates the ethical discussion in the practical perspective. Starting from there it offers elements to define and to distinguish diverse ethical «worlds» allowing a fertile reflection around relationships and social ethics education. It intends to clarify the content of civic education. Finally it analyzes and it criticizes what is known under the epigraph in the intellectual spaces of «civil ethics» and it denounces its dangers.

Key words: Civil ethics, Citizenship, Happiness, Education, Relationships, Citizens, Ethics.

Introducción

Hay dos modos de pensar, vivir y hacer las cosas. Uno, superficialmente, y otro empuñando la existencia con seriedad. Me preocupa una tendencia – especie de ambiente difuso – de facilismo, rapidez y afán de síntesis.

*El Profesor **William Rodríguez** es Licenciado en Educación-Filosofía, UCAB, Los Teques, 1991. Actualmente es estudiante del Doctorado en Humanidades de la UCV, 2005. A la vez trabaja como Investigador del Centro de Investigaciones Populares (Cip), Adscrito al PPI del Fonacit, nivel II. También es Profesor Ordinario de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV, Profesor de Historia de la Filosofía Antigua de la UCAB-Los Teques y Profesor de Historia de la Iglesia del Iuspo-Cer.

¹ Conferencia (por invitación) dictada en las ciudades de Cumaná-Carúpano (Venezuela), los días 28 y 29 de septiembre de 2007, durante las Jornadas de Formación de la Fundación de Derechos Humanos del Estado Sucre y la Escuela de Servidores Públicos.

Tal ambiente se «respira» en las prácticas de vida de las personas, sobre todo las más jóvenes, en el ejercicio de las profesiones y en los ambientes académicos. El modo serio de vivir; la «vía larga» formativa y la comprensión exhaustiva de los procesos van de retirada.

Paralelo a esto marcha una especie de estado de puro diagnóstico; como si el procedimiento diagnosticador tuviera sentido en sí y pudiera ser utilizado como especie de fetiche mágico que agotara toda realidad, toda praxis y todo pensamiento. Veo, precisamente, en esa insistencia superficial uno de los grandes males de fin de siglo pasado.

Al plantear el asunto de la ética corremos el peligro, práctico y teórico, de caer en ese ambiente. Ética y Ciudadanía, como Educación y Vida civil están unidas como el ojo a la visión. Pero se puede ver – ya lo advertía Aristóteles – paseando los ojos sobre las figuras fugaces en voraz curiosidad, sin conocer más que figuras que, en realidad, nada son sin una materia.

Precisamente, de la vida real y concreta trata la ética. Pero no se puede vivir una vida ética (buena y feliz) abstraído de la vida común y de los aparatos educativos (formales o no) que conforman y vehiculan una manera racional, humana y civilizada de ser. Ir en profundidad implica ver la ética y la «civilidad» – como la llamaría Victoria Camps – como un modo radical de ser humanos y no como el superficial «estar juntos».

La ética: asunto práctico

Hagamos un ejercicio práctico: imaginémonos al estilo de un naufrago que, sin contacto humano, busca absolutamente aislado. Más allá de las fantasías literarias o cinematográficas, pronto nos veremos requeridos a pensar, usando un lenguaje compartido y a actuar como seres humanos racionales habitados por dentro por la cultura.

Lenguaje, cultura y pensamiento son, para el ser humano, y para cada uno, inseparables de su ser. Pero el lenguaje, la cultura y el pensamiento son condiciones posibilitantes del vivir y actuar humanos. Nadie actúa, salvo excepciones, a lo loco. Leibniz decía que siempre hay una razón para hacer (y producir) algo.

El hombre piensa, produce y actúa. Por eso, en filosofía, se estudia el pensamiento como preparación para actuar. También la tradición cristiana, la Patrística y la Escolástica, estudia el pensamiento, pues, éste le sirve para actuar

y relacionarse. Aristóteles fundó todo su sistema abierto a la acción y encontró en la «polis», en la ciudad, el mejor y más auténtico espacio para vivir humanamente.

Para él, la ética, que trata de la vida buena y feliz dirigida hacia fines legítimos y realizadores de la existencia y del bien común, es la base del buen gobierno y del progreso. De modo que la felicidad personal se posibilita y finaliza a la vida compartida, ciudadana. Toda trasgresión contra la vida concreta de las personas es trasgresión de la vida ciudadana.

Todo ataque a esta última dinamita las bases de la sociedad - diríamos hoy - y del gobierno. Concreta es la vida de los hombres y concreta su libertad. Por eso la ética, no obstante todas sus posibilidades de abstracción, trata de la vida, de cómo vivir la vida libre y felizmente, pero de manera responsable. Sólo la vida responsable lleva a la felicidad.

Sólo la vida responsable y seria, dirán algunos, «racional» es vida humana. Se puede vivir la vida arrastrado por las inclinaciones. Pero dejarse arrastrar no es ser libre y si ante algo sucumbe la libertad futura es ante el mal hábito de dejarse llevar sin pensar. Tremendo reto para nosotros, venezolanos.

La felicidad es poder decidir y hacerlo razonadamente. Y, aunque razonar supone un peso, la práctica lo hará más liviano. No se es desgraciado de un día para otro; tampoco feliz. Lo bello de la vida humana es la conquista que supone las decisiones pensadas cada día; practicadas en convivencia, celebradas en amistad.

Pero amistad y convivencia concretas pertenecen a un mundo, y «civilidad» y sociedad a otro. Por supuesto, me refiero al mundo de la práctica, de la cultura.

Voy a decir una cosa rara: no hay un ser humanos; hay varios. Entre nosotros, por prácticas vitales, al menos dos: humanos que viven y practican la vida en relaciones muy concretas; y humanos que viven y se relacionan, aún partiendo de la práctica, de modo abstracto.

Pongo un ejemplo para pensar que seguramente no van a entender. Yo todavía tampoco lo entiendo. No es invento mío. Lo saco del Quijote. Apenas comenzar a leerlo y te encuentras con «el Caballero armado», el «escudero» o el «barbero». Esos son nombres de oficio, «funciones» y ellos, «funcionarios». Esa gran obra maestra se escribe en la época en que surgían los funcionarios y esa función, especie de práctica de vida, llenaba de sentido la vida de los sujetos.

Nosotros al vivir y practicar la vida nos encontramos con nombres de gente, conocidos, vecinos, familiares. ¿Ven los dos mundos? Ese es otro reto: pensar la ética nuestra. A pesar de los esfuerzos, no hay una ética universal.

Porque no hay vida universal, homogénea. Hay seres humanos libres que viven y asumen valores. Y esos valores, si los son, los llevan a ser felices de modo diverso.

Educar para la vida social

La sociedad es un invento reciente. La verdad es que la primera realidad histórica es la comunidad concreta. La primera, más antigua y mejor funcionante de las instituciones es el Ayuntamiento, el Cabildo o Consejo municipal.

Europa y, en especial España, tienen una larga y muy brillante historia de vida ciudadana comunitaria próspera y feliz en los niveles más concretos. Lástima que la influencia francesa, durante el Siglo XIX, tanto en Europa como en América, y el surgimiento del centralismo y presidencialismo han casi sepultado los órganos municipales de vida social y de participación.

De todos modos, fue el Cabildo el que generó la Independencia en todos los países de la América española.

Y, creo que es bueno considerarlo, hoy ya ningún historiador serio puede desoír una verdad eclesiástico-histórica: España trasladó a América sus instituciones de vida civil, jurídica y administrativa conservando y respetando las estructuras de gobierno local indígena, y organizó rápidamente la Iglesia con la concepción y praxis de una autonomía casi ilimitada y tendiente a la emancipación. Y esto no por error.

De hecho, la independencia se da primero a nivel religioso y luego a nivel político. Y la Iglesia formó para ello. Por eso en muchos países la autonomía política se libró sin sangre.

Educar sí es un asunto más antiguo. Estamos seguros que, al menos, seis siglos antes de Cristo ya existía como práctica.

Y surge como una necesidad de los humanos, padres y gobernantes, de abreviar los aprendizajes, facilitar la visualización de valores, organizar la vida común según intereses y fines comunes que, sin dejar de lado los personales, los eleve y los trascienda.

Esa es una tarea ardua, pues, requiere de quien es educado el desarrollo de una visión más elevada, más generosa, más sacrificada.

Y más difícil se hace cuando las comunidades crecen y se hacen sociedades y se diluyen, entonces, los nombres concretos y aparecen los complejos aparatos de roles, funciones y leyes.

Mientras más se complejiza la vida social más duro es el camino educativo y más arduo el discernimiento de los valores que merece la pena vivir.

Se educa porque aquello en que se quiere introducir a la persona no aparece ni natural ni espontáneamente y porque si, por azar, apareciera seguramente tardaría mucho en hacerlo.

Pero la educación, en libertad, es un arte difícil. Entre nosotros tenemos un drama adicional. Lo que Europa ha gestado en largos y pausados siglos de praxis, en América se ha hecho rápida, incompleta y accidentadamente.

Menos mal que los valores religiosos han funcionado, aunque imperfectamente, como «cemento» social y sentido de referencia.

Contenido de una educación para la ciudadanía

Por historia sabemos que la cohesión social y el aumento de vida ciudadana son necesarios para mantener la pervivencia de la cultura y de las personas. Sociedades disueltas interna y relacionalmente se destruyen de alguna forma. Pero la cohesión no puede significar ni teórica ni prácticamente compactación.

No crecen las sociedades que anulan las diferencias; tampoco se nutren y desarrollan. Sólo aquellas que respetan y se sirven de las distinciones crecen humana y materialmente. Respetar al otro, en su dignidad, en su alteridad, es necesario y exigido por una sociedad cada vez más violenta y anónima.

Respetar la hetero-comprensión y las praxis divergentes es necesidad de avance y paz social. Entonces ya podemos identificar dos cosas para las que no se puede educar: no se puede educar para la exclusión ni para el fundamentalismo.

Hay que educar en valores lo más generales posibles y en los más elevados y duraderos. Ya aquí insinúo el aspecto con el que voy a cerrar la exposición.

Claro que al plantear la educación planteamos la proposición de un contenido, pero debemos pensar, sobre todo, en proponernos, ya seamos padres, maestros o funcionarios, como «modelos» éticos. Con humildad, pero claramente.

Por ello debemos siempre practicar una clara, coherente y auténtica vida ética. Para ello, Apel y Habermas, nos sugieren una gran dosis de diálogo y de irreductibilidad de la persona del otro.

Centrados en el bien de la persona y movidos a su promoción enfilamos nuestras prácticas al rescate ético, es decir, a la protección de la vida concreta, feliz y completa del otro. Sólo poniendo al otro como «valioso» en sí podemos acompañarlo en el descubrimiento de valores de realización.

Desde el punto de vista teórico, nos auxilia Gustavo Bueno, las Constituciones de los Estados y Las Declaraciones de Derecho son fuente y concreción. Pero siempre evitando las parcialidades políticas y los intereses históricos de raza o religión excluyentes.

¿Posible una ética «civil»?

Es problema es largo, espinoso, pero actual. Apenas esbozaré algunos rasgos del asunto. Si por «civil» se entiende anti o contra religioso creo que una ética civil es insuficiente y peligrosa.

Pues, los valores realizan más y de modo más elevado cuando están máximamente abiertos a la trascendencia y a la vida espiritual. Si por «Civil» se entiende una ética materialista, hedonista e intramundana advierto de los peligros éticos, racionales y prácticos de una «egoísmo» refinado y enfermo.

Si por civil se entiende, como creo que se entiende en algunas zonas de Europa y España, como «partidista», entonces denuncio la conversión reptílea de la ética en segregación política y odio histórico.

Pero si, finalmente, lo civil es lo «mínimo», lo que brota de un análisis antropológico científico; acuso ese análisis de naturalista; de hacer intencionadamente incompleta una fenomenología a su tamaño.

Tampoco, en este punto, vale la pena hacer el camino al revés: la religión secularizada siempre será, al fin y al cabo, religión. Así que llamar a la voz de la conciencia imperativo categórico no resolvió ni al gran Kant.

Mantener la ética y abrirla a la trascendencia es tan urgente y necesario que Adela Cortina, recientemente, ha advertido el peligro, de no hacerlo, de caer en la más cruel de las tiranías. El fondo de la política, pero también de la religión, es la ética y todas ellas tienen un fin común asegurar la felicidad del ser humano.

Bibliografía

- Aranguren J. **Los Valores éticos en la nueva sociedad democrática.** Fundación Friedrich Ebert/Instituto fe y Secularizad. Madrid.
- Camps V. **Virtudes públicas.** Espasa-Calpe. Madrid 1990.
- Cortina A. **Ética aplicada y democracia radical.** Tecnos. Madrid 1993.
- _____. **La ética de la sociedad civil.** Anaya. Madrid 1997.